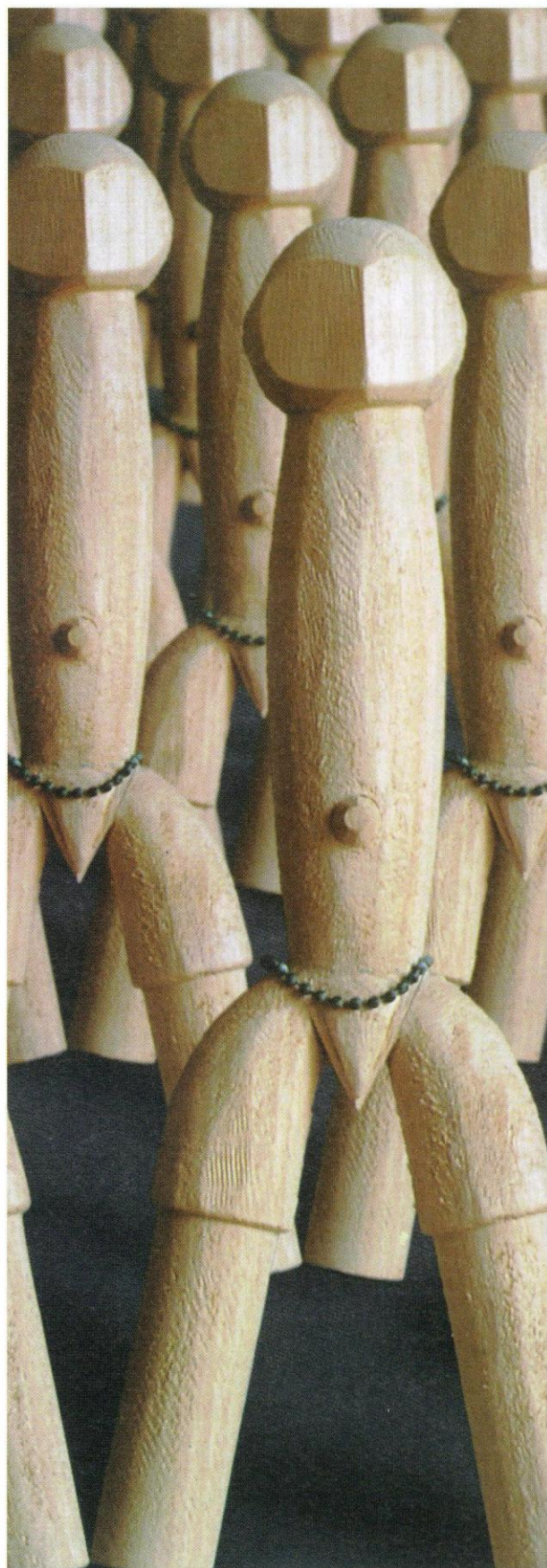


JOSÉ ABAD: VULCANO EN SU VOLCÁN

José Abad o el tótem hecho tótem enjuto de sí mismo. José Abad o la conquista del aire, de la verticalidad ascendente. José Abad o la estilización, la levedad, la desmesura aflechada del perfil siendo frente rotundo. Desde el hierro. Desde la forja. Desde los fuegos del fuego. José Abad fraguando una alargada e interminable tenuidad, urdiendo la trama etérea de la materia, aquilatándola hasta revelar su sólida sutileza. José Abad que estira y yerge y prolonga y eleva el metal hasta que funde lo imposible y entonces, en la maciza plenitud, germina la urdimbre de un ingrávito ensueño.

Desde los cráteres del fogón y la tobera, desde la lengua del soplete y el reguero de lava que el crisol acrisola, desde el hierro en el fulgor, José Abad que igualmente compone y articula, pliega y desarma la fijeza horizontal. Y los personajes, sedentes o inertes, que se tuercen y retuercen, que yacen o se tumban, tumbas ellos mismos: cárcavas inclinadas, reclinadas, en las extremidades declinadas. En el suelo: mausoleos o carne opaca, férreos túmulos abstractos ahormándose en su propia concavidad.

José Abad, que en el trazo de una curva, comba y cambia la anatomía para en la figura inacabada con-





vocar invitados a un remoto y, seguramente, ajeno banquete. José Abad, que suelda en una única y nueva forma las formas del remo, la barca y las amarras antes de sorprender la inmóvil travesía del mar en su naufragio.

Pero también: José Abad o el humor, la ironía, el guiño cómplice, el vacío lleno de los espejos que multiplican el espacio y sus habitantes. Así se propagan las pequeñas criaturas. Y, erectos, se acumulan a sí mismos en una tribu de falos de madera. Y marcialmente se alinean en senderos que conducen a la doble quietud de los reflejos, o conviven tras el cristal en una breve, originaria, quizás edénica pareja nacida de retazos o astillas desflecados.

Y, además: José Abad y las devociones, los homenajes. Y ahí surge y se pasea quieto Óscar de Tacoronte y Domínguez de universal surrealista apellido. O Alberto, perdido y hallado en la Macaronesia. Y, aún más, el José Abad de los espacios abiertos, monumental, alzándose entre la finitud terrosa del suelo y la azul inconsistencia del cielo. José Abad al descubierto, irguiéndose, recortándose, apuntalándose en paisaje, en silueta, en color o hueco deliberado que la mirada y las manos buscan a la vez contra el horizonte inalcanzable y en medio de los otros monótonos horizontes: inmediatos de asfalto, ladrillos, muros y paredes.

José Abad, sí, capaz de desvelar el incendio rojo oculto en el hierro negro y de cincelar las veteadas calideces de la madera, ya no oscuridad barroca la tabla y el retablo sino, ahora, clara y humilde traviesa la madera, límpido puntal, sencillo entibo, viga y andamiaje, paciente ocupación de gubia, formón y escoplo.

José Abad: conciliador de contrarios, sólido y leve, vertical y profundo, monumental y minúsculo. José Abad, escultor de sueños y deseos, imaginero de imposibles, marquetero y dolador, tallador de magnitudes y dimensiones en su taller lagunero, Vulcano en su volcán de formas, planos, líneas, huecos y volúmenes. José Abad: uno y diverso, siempre esencial y necesario.

José Abad, que de abril a junio de 2000 ha presentado en el Centro Cultural del Conde Duque, de Madrid, en la Sala de las Bóvedas, una excepcional exposición de su obra. "Al oeste de África", es su título.

Yo estuve allí. Esto fue lo que vi.